

KORIMBA.COM
RAY BRADBURY
LOS AMIGOS DE NICHOLAS NICKLEBY

Imagínense un verano inacabable.

Mil novecientos veintinueve.

Imagínense un niño que nunca terminaba de crecer.

Yo.

Imagínense un peluquero que nunca fue joven.

El señor Wyneski.

Imagínense un perro inmortal.

El mío.

Imagínense una de esas ciudades pequeñas en las que ya no vive nadie.

¿Listos?

Comencemos...

Green Town, Illinois... Fines de junio.

Un perro que ladra en una peluquería con un solo sillón.

Adentro, el señor Wyneski, dando vueltas alrededor de su víctima, un cliente amodorrado en el baño de vapor del mediodía.

Adentro, yo, Ralph Spaulding, un muchacho de unos doce años, de pie, inmóvil como una estatua de hierro de la Guerra Civil, escuchando el sonido del viento cálido, sintiendo todo el polvo de ese verano caluroso, un mundo de horno donde nadie podía ser ni malo ni bueno, donde los muchachos yacían pegados a los perros y los perros apoyaban la cabeza en los cuerpos de los muchachos, bajo árboles perezosos, de hojas que susurraban desespe-radas: "Ya nunca volverá a ocurrir algo."

Lo único que se movía era el agua fresca que goteaba del enorme bloque de hielo del tamaño de un ataúd, ex-puesto en el escaparate de la ferretería. La única persona que no sufría el calor en kilómetros a la redonda era la señorita Frostbite, la ayudante del

mago viajero, que desde hacía tres días yacía acostada en la cavidad de forma de mujer del bloque de hielo, donde –se decía–no respiraba, no comía, no hablaba. Esto último, pensé, tenía que ser terrible para una mujer.

En la calle todo estaba inmóvil, excepto la insignia de franjas de la peluquería que giraba lentamente mostrando colores: rojo, blanco y nuevamente rojo, deslizándose desde la nada para desaparecer otra vez en la nada: un movimiento entre dos misterios.

–...¡Qué!...

Agucé el oído.

–Sólo el tren del mediodía, Ralph. –El señor Wyneski movió las tijeras de cola de pájaro al mismo tiempo que observaba con atención la oreja del cliente.–Sólo el tren del mediodía.

–No... –dije dificultosamente, con los ojos cerrados, buscando donde apoyarme– Algo llega de veras...

Oí a lo lejos el gemido del silbato solitario y triste, que bastaba para arrancarle a uno el alma del cuerpo.

–Tú lo sientes. ¿No es cierto, Perro?

Perro ladró.

–¿Qué puede sentir un perro? –resopló el señor Wyneski.

–Las cosas grandes. Las cosas importantes. Las coincidencias circunstanciales. Los choques inevitables. Lo dice Perro. Lo digo yo. Nosotros lo decimos.

–Pues así son ustedes cuatro. ¡Vaya equipo! –El señor Wyneski dio la espalda a la víctima del verano, sentada en el blanco sillón de porcelana.–Vamos, Ralph, mi problema es el pelo. Barre.

Barrí una tonelada de pelo.

–¡Dios mío! Se diría que crece en el piso.

El señor Wyneski miró la escoba.

–Cierto. Yo no he cortado tanto. Esta maldición crece ahí tirada. Déjala una semana, vuelve, y necesitarás botas largas para abrirte camino. –Señaló con las tijeras.–¿Has

visto alguna vez tantos matices, tonalidades y tintes de mechones, y pelusas de barbas? Ahí está el pelo ralo del señor Tompkins; allí el jopo de Charlie Smith. Y aquí, todo lo que queda del señor Harry Joe Flynn.

Miré al señor Wyneski, como si me hubiera leído el Libro de las Revelaciones.

-Caramba, señor Wyneski, parece que sabe todo lo que se puede saber en el mundo.

-Casi.

-¡Cuando crezca seré peluquero!

El señor Wyneski, secretamente satisfecho, se movió de un lado a otro.

-Entonces mira este puercoespín, Ralph. Abre bien los ojos. Los codos en esta posición, las muñecas así. Haz que las tijeras hablen. Los clientes lo aprecian. Estás tra-bajando, pues bien, que las tijeras suenen el doble. ¡Tá-cate tac, muchacho, tácate tac! ¡Esto lo aprendí de los franceses! ¡De los franceses! ¡Ellos sí que saben rondar en torno del sillón en puntas de pie, haciendo sonar y triscar las tijeras, una vez y otra!

-Caramba -dije, acercándome al brazo del señor Wyneski, en medio de los susurros y la trisca de las tijeras, y deteniéndome, pues a lo lejos, en el campo estival, el viento lanzó un lamento muy triste, muy extraño.

-Ahí está otra vez. El tren. Y algo que viene en ese tren.

-El tren del mediodía no para aquí.

-Pero tengo la impresión...

-El pelo me va a cubrir, Ralph...

Barrrí el pelo.

Después de largo rato dije:

-Estoy pensando en cambiarme el nombre.

El señor Wyneski suspiró. El cliente, víctima del verano, estaba todavía muerto.

-¿Qué es lo que te pasa hoy, muchacho?

-No soy yo. Es el nombre lo que no está bien. Escuche. Ralph. -Hice sonar las erres.-Rrralph.

- No es por cierto música celestial.

-Suenas como el gruñido de un perro furioso. -Me contuve.-No te ofendas, Perro.

El señor Wyneski miró hacia abajo.

-Parece tomarse el asunto con mucha calma.

-Ralph es un nombre tonto. Voy a cambiármelo antes que caiga la noche.

El señor Wyneski meditó.

-¿Julio por César? ¿Alejandro por el Grande?

-No me importa cuál. Ayúdeme, ¿quiere, señor Wyneski? Encuéntrame un nombre...

El perro se irguió. Yo solté la escoba.

A lo lejos, un tren a toda marcha, con resoplidos de fuego y rítmico movimiento, entraba triunfalmente en la calcinada estación ferroviaria, con un verano en el vientre de hierro más feroz que el verano de afuera. -¡Aquí viene!

-Ahí se va -dijo el señor Wyneski. -No, ahí no se va.

-El señor Wyneski casi dejó caer las tijeras. -¡Vaya, el condenado tren del mediodía está frenando! Oímos detenerse el tren. -¿Cuántas personas bajan del tren, Perro? Perro ladró una vez. El señor Wyneski se movió incómodo. -Las bolsas de correspondencia.

-No... ¡un hombre! Camina con paso ligero, sin mucho equipaje. Va hacia nuestra casa. Apuesto a que es un nuevo pensionista de la abuela. Y ocupará el cuarto vacío al lado del suyo, señor Wyneski. ¿No es cierto, Perro?

Perro ladró.

-Ese perro habla demasiado -dijo el señor Wyneski. -Tengo que ir a ver qué pasa, señor Wyneski. ¿Puede ir?

Los pasos lejanos se perdieron en las calles silenciosas y cálidas.

El señor Wyneski se estremeció, y dijo casi con tristeza: -Vete, Ralph. -Mi nombre no es Ralph.

-Como te llames... corre a ver... y vuelve a decirme lo peor.

-¡Gracias, señor, gracias!

Corrí. Perro corrió. Calle arriba, tomamos por un callejón, dimos la vuelta por el fondo y nos hundimos en unos helechos, cerca de la casa de la abuela.

-Abajo, muchacho -susurré-. Ahí viene el Gran Acontecimiento, sea lo que sea.

Y por la calle primero, por el camino de entrada después, vi a ese hombre, que venía y subía la escalinata de la casa con paso vivo, blandía un bastón y llevaba un maletín y tenía el pelo largo y castaño y unos bigotes y una barbilla sedosos, y estaba envuelto en cortesía como una bandada de pájaros todo alrededor.

Desde la galería, junto a la oxidada hamaca de cadenas, entre tiestos de geranios, el hombre se puso a mirar la ciudad.

Tal vez oyera a la distancia el zumbido de insecto de la peluquería donde el señor Wyneski, que muy pronto sería un enemigo, leía el destino de las protuberancias de las cabezas que le caían en las manos mientras movía la cortadora eléctrica. Tal vez oyera a la distancia los rumores de la biblioteca solitaria, donde el polvo dorado se deslizaba en la cruda luz solar, y en algún rincón, alguien, una mujer serena, garrapateaba incesantemente con una lapicera de pluma, como una laucha melancólica y solitaria, oculta en el fondo de la cueva. Una mujer que llegaría a ser parte de la vida de ese hombre, pero que ahora...

El desconocido se quitó el alto sombrero verde musgo, se enjugó la frente y sin mirar a otra parte que al cielo cálido y enceguecedor, dijo:

-Hola, muchacho. Hola, perro.

Perro y yo emergimos de entre los helechos.

-Vaya, vaya. ¿Cómo sabía usted que estábamos es-condidos?

El desconocido escudriñó su sombrero en busca de una respuesta.

-En una encarnación anterior, fui un muchacho. Un tiempo antes, si la memoria no me falla, fui un perro excepcionalmente feliz. Pero... -El bastón de caña gol-peó el anuncio de cartón clavado con tachuelas en la baranda donde se leía casa y comida.-¿Es cierto lo que dice el anuncio, muchacho?

-Los mejores cuartos de la manzana.

-¿Y las camas?

-Colchones tan profundos que uno se hunde y se ahoga, feliz.

-¿Los otros pensionistas?

-Hablan lo necesario, no demasiado.

-¿Y la comida?

-Bizcochos calientes todas las mañanas, pastel de duraznos al mediodía, postres para la cena.

El desconocido aspiró los deliciosos aromas.

-Venderé mi alma.

Abuela apareció de pronto en la puerta y lo miró con el ceño fruncido.

-¿Qué dice?

-Una manera de hablar, señora. -El desconocido se volvió.-No quise pecar de mal cristiano.

Y se metió adentro, y hablaba y la abuela también hablaba, y él escribía blandiendo la lapicera sobre el libro de registros y yo y Perro entramos, sin aliento, observándolo, deletreando: -G... H...

-¿Puedes leer al revés, muchacho? -dijo el desconocido alegremente, al mismo tiempo que hacía una pausa con la lapicera.

-Sí, señor.

Siguió escribiendo. Y yo, deletreando. -A.R.L.E. ¡Charles! -Correcto. - ¡Qué hermosa letra! -dijo la abuela observando la caligrafía.

-Gracias, señora.

La lapicera siguió corriendo. Y yo seguí cantando.

-D.I.C.K.E.N.S.

Vacilé y me detuve. La lapicera se detuvo.

El desconocido inclinó la cabeza, cerró un ojo, y me observó.

-¿Sí? -me desafió-. ¿Qué, qué?

-¡Dickens! -exclamé.

-¡Así es!

-¡Charles Dickens, abuela!

-Sé leer, Ralph. Un bonito nombre.

-¿Bonito? -dije boquiabierto-. ¡Es grandioso! Pe-ro... yo creía que usted había...

-¿Muerto? -El desconocido se rió.-No. ¡Estoy vivo, en muy buen estado físico y contento de encontrarme con alguien que me reconoce, admira y lee!

Y subimos por las escaleras. La abuela llevando toallas y fundas limpias y yo, jadeante, portando el maletín. Nos encontramos con el abuelo, especie de hombre-barco que navegaba en sentido contrario.

-Abuelo -dije espiándolo, buscándole en el rostro signos de conmoción-. Te presento al... señor Charles Dickens.

El abuelo se detuvo a tomar aliento, miró al nuevo pensionista de arriba abajo, estiró la mano, tomó la del hombre, y se la estrechó con fuerza diciendo:

-¡Los amigos de Nicholas Nickleby son mis amigos!

-Gracias, señor -dijo el señor Dickens y retrocedió ante tal demostración de efusión.

En seguida se recobró, se inclinó y continuó escaleras arriba, mientras el abuelo con los ojos entrecerrados me pellizcaba una mejilla y me dejaba allí, colmado de asombro.

En la habitación abovedada de la torre, donde las brillantes ventanas estaban abiertas y el viento entraba en muchas corrientes, el señor Dickens dejó el abrigo pesado y señaló con la cabeza el maletín.

-Ponlo en cualquier parte, Pip. ¿No te importa que te llame Pip, no?

-¿Pip? - Se me encendieron las mejillas, la cara resplandeciente de incrédula felicidad.-¡Oh, no, señor, Pip está muy bien!

La abuela se interpuso entre nosotros.

- Aquí tiene la ropa limpia, señor...

-Dickens, señora -nuestro pensionista se palmeó los bolsillos, uno tras otro-. Dios mío. Pip, parece que me he quedado sin lápiz ni papel. ¿Será posible?

Me contempló mientras yo me llevaba una mano su-brepticiamente detrás de la oreja.

-¡Caramba -dije-, un lápiz amarillo Ticonderoga número 2! -Mi otra mano se me deslizó hacia el bolsillo trasero del pantalón.- ¡Y un bloc de notas Iron-Fase Ring-Back número 12!

-¡Extraordinario!

-¡Extraordinario!

El señor Dickens comenzó a dar vueltas, contemplando el mundo desde todas y cada una de las ventanas y hablando por momentos al norte, por momentos al nor-deste, después al este, luego al sur:

-He viajado dos largas semanas con una idea. El día de la Bastilla, ¿te dice algo?

-¿El cuatro de julio de los franceses?

-¡Notable muchachito! El día de la Bastilla este libro ha de estar en pleno curso. ¿Me ayudarás a franquear las compuertas de la Revolución, Pip?

-¿Con esto? -dije, mirando el bloc de papel y el lápiz que tenía en la mano.

-¡Moja la punta del lápiz, muchacho!

Mojé el lápiz.

-En el margen superior de la página: el título. Título -el señor Dickens reflexionó, la cabeza gacha, mien-tras se mesaba la barbilla-. Pip, ¿cuál puede ser un título fuera de lo común y adecuado para una novela que sucede mitad en Londres, mitad en París?

-Historia -aventuré.

-¿Sí?

-Historia de... dos ciudades.

-Señora -la abuela levantó la vista-. ¡Este chico es un genio!

-Leí acerca de este día en la Biblia -dijo la abue-la-. Todo termina al mediodía.

-Anótalo, Pip -el señor Dickens dio unos golpes en mi bloc-. Rápido. Historia de dos ciudades. Sigue. En el centro de la página, Libro Primero: Vuelto a la vida. Capítulo I: La época.

Yo garrapateaba. La abuela trabajaba. El señor Dic-kens miraba el cielo de soslayo y por último recitó:

-Eran los tiempos mejores, eran los tiempos peores; la era de la sabiduría, la era de la tontería; la época de la fe, la época del descreimiento; la estación de la Luz, la estación de la Oscuridad; la primavera de la espe-ranza, el invierno...

-Vaya -dijo la abuela-, ¡qué bien habla usted!

-Señora -el autor hizo una inclinación de cabeza, luego entornó los ojos y chasqueó los dedos en el aire tratando de recordar-. ¿Dónde estaba, Pip?

-El invierno -dije-de la desesperanza.

Ya tarde oí a mi abuela que desde abajo reclamaba a alguien llamado Ralph, Ralph. No supe de quién se trataba: yo estaba escribiendo afanosamente.

Un minuto después, el abuelo llamó:

-¡Pip!

Di un salto. -Sí, señor.

-Es hora de comer, Pip -dijo el abuelo desde la escalera.

Me senté a la mesa, el pelo mojado, las manos húme-das. Miré a mi abuelo: -¿Cómo supiste... lo de Pip?

-Hace una hora que me llega ese nombre por la ventana abierta.

-Caramba -dije-. He estado por todas partes esta tarde. En diligencia, por el camino de Dover. En París. He viajado tanto que tengo el calambre de los escrito-res. Yo...

-¿Pip? -repitió el señor Wyneski. El abuelo, afectuoso y complaciente, vino en mi ayuda. -Cuando yo tenía doce años, cambié de nombre va-rias veces - contó las veces con el tenedor-. Dick, por Dead-Eye Dick, y John, por Long John Silver. Y des-pués Hyde, por la otra mitad de Jekyll.

-Yo nunca tuve otro nombre que Bernard Samuel Wyneski -dijo el señor Wyneski con los ojos todavía fijos en mí.

- ¿Ninguno? -preguntó el abuelo, sorprendido. -Ninguno.

-¿Entonces, tiene usted alguna prueba de haber sido niño, señor? -le preguntó el abuelo-. ¿O es usted un fenómeno natural, como un barco detenido en medio del océano?

-¿Qué? -dijo el señor Wyneski. El abuelo renunció y le pasó el plato con una gene-rosa porción.

-Comprenda, Bernard Samuel, comprenda.

El señor Wyneski no tocó el plato y dijo:

- ¿La diligencia de Dover...?

-Con el señor Dickens, por supuesto -contribuyó el abuelo-. Bernard Samuel, tenemos un nuevo pensio-nista, un escritor, que ha comenzado un nuevo libro y ha elegido a Pip, Ralph, como secretario.

-Trabajé toda la tarde -dije-. ¡Gané veinticinco centavos!

Me cubrí la boca con la mano. Una nube fugaz obscureció el rostro del señor Wyneski.

-¿Un novelista llamado Dickens? Seguramente us-tes no creerán...

-Creo lo que la gente me dice hasta que me dice otra cosa. Entonces creo eso. Pásenme la manteca -dijo el abuelo.

Le pasaron la manteca en silencio. -¡Fuegos del Infierno! -masculló el señor Wyneski. Me hundí en la silla.

El abuelo, que cortaba el pollo y servía abundantes porciones, dijo:

-Un hombre al parecer de buenas intenciones ha ingresado en nuestra casa. Afirma que se llama Dickens. En lo que a mí respecta, ése es su nombre. Da a enten-der que está escribiendo un libro. Paso delante de su puerta, miro hacia el interior, y en efecto está escribiendo. ¿He de decirle acaso que no lo haga? Es obvio que necesita escribir ese libro. -Historia de dos ciudades -dije.

-Historia -gimió el señor Wyneski, ofendido-de dos...

-Silencio -dijo la abuela.

Bajando las escaleras y ahora en la puerta del comedor se encontraba el hombre de largos cabellos y fina barba y bigotes, saludando con la cabeza, sonriendo, escudriñándonos.

-¿Amigos?... -preguntó.

-Señor Dickens -dije, tratando de salvar la situación-. Le presento al señor Wyneski, el mejor peluquero del mundo.

Los dos hombres se miraron largo rato.

-Señor Dickens -pidió el abuelo-. ¿Nos haría partícipe de su talento, diciendo usted la oración de gracias?

-Es un honor, señor.

Inclinamos la cabeza. No así el señor Wyneski.

El señor Dickens lo miró amablemente.

El barbero murmuró algo y clavó la vista en el piso.

El señor Dickens rezó:

-“Oh Señor de la mesa dadivosa, oh Señor que brindas una cosecha infinita para beneficio de tus muy respetuosos siervos reunidos aquí en amante humillación, oh Señor que ornas nuestras fiestas con rábanos brillantes y resplandeciente pollo, que pones ante nosotros el vino de la estación estival, la limonada, y que nos haces humil-des ante los simples placeres de las patatas, la modesta cebolla y, como final, según me indica el olfato, la magnífica tarta de frutillas, maravillosamente cubierta de frutas de nuestro propio jardín; por todo esto y por la buena compañía, muchas gracias. Amén.”

-Amén -respondieron todos excepto el señor Wyneski.

Esperamos.

-Amén, supongo -dijo el barbero.

¡Qué verano! Ninguno como ése en toda la historia de Green Town. Nunca en mi vida me levanté tan temprano, tan feliz. Saltaba de la cama cinco minutos antes de la hora;

un minuto después en París, a las seis de la mañana en la embarcación que cruzaba el Estrecho desde Calais, los blancos acantilados, el cielo como una ventisca de gaviotas, Dover, luego la diligencia de Londres, y el puente de Londres al mediodía. El almuerzo con limo-nada bajo los árboles, con el señor Dickens, el perro que nos lamía las mejillas refrescándonos, luego de vuelta a París para el té de las cuatro y... - ¡Acerca el cañón, Pip! - ¡Sí, señor!

-¡Arremete contra la Bastilla! - ¡Sí, señor!

Y los cañones disparaban y la chusma corría, y en medio de todo eso, yo, el secretario principal del señor Dickens, de Green Town, Illinois, con los ojos fuera de las órbitas, los tímpanos a punto de estallar y el pecho que me bullía de alegría, pues yo soñaba ser también un es-critor, y ahí estaba armando una historia con el mejor de todos.

-La señora Defarge se pasaba las horas tejiendo. Yo alzaba los ojos y veía a mi abuela que tejía cerca de la ventana.

-¿Quién era y qué hacía Sidney Carton? Un hombre de sensibilidad, un hombre de muchas lecturas, reflexivo y activo a la vez.

El abuelo se paseaba, cortando el césped. Detrás de las colinas se oyeron unos tambores y unos disparos: una tormenta de verano estallaba y derribaba murallas invisibles... El señor Wyneski.

No sé cómo lo descuidé. De algún modo me olvidé de la misteriosa insignia giratoria de la peluquería, que ve-nía de la nada y desaparecía, en espiral, en la nada, y del pelo de fábula que crecía en el piso de blancas baldosas. El señor Wyneski tenía que volver a casa todas las noches y enfrentarse con ese escritor de larga cabellera a la que le hacía falta un buen corte, siempre de pie ante la misma mesa, dándole gracias al Señor por esto y por aquello, y el señor Wyneski que no agradecía nada. Y ahí estaba yo, mirando fijamente al señor Dickens como si él fuera Dios, hasta que una noche se oyó la voz de la abuela:

-¿Decimos la acción de gracias?

-El señor Wyneski está cavilando en el patio -dijo el abuelo.

Eché una ojeada culpable a través de la ventana.

-¿Cavilando?

El abuelo reclinó la silla hacia atrás para poder ver.

-Cavilando es la palabra. Le ha dado un puntapié al rosal, otro a los verdes helechos al

pie de la galería, y ha perdonado al manzano. Dios lo hizo demasiado duro. Ahí está, acaba de dar un salto sobre el macizo de dientes de león. Aquí viene, Moisés atravesando el Mar Negro de hiel.

Se oyó un portazo. El señor Wyneski estaba de pie a la cabecera de la mesa.

-¡Yo diré la oración de gracias esta noche!

Echó una mirada feroz al señor Dickens.

- Pues, sí, claro -dijo la abuela-. Sí, por favor.

El señor Wyneski cerró con fuerza los ojos y entonó una oración destructiva:

-Oh Señor que me diste un hermoso mes de junio y un menos hermoso julio, ayúdame a sobrevivir a agosto de algún modo.

"Oh Señor, líbrame de la chusma y de los motines en las calles de Londres y París que atraviesan mi cuarto noche y día, siendo los principales miembros de dichos motines un niño que camina en sueños, un hombre de apellido extraño y un Perro que ladra a la gentuza y a los perros rabones.

"Dame fuerzas para resistir los gritos de fraude, la-drón, truhán y artista de pacotilla que me vienen a la boca.

"Ayúdame para que no eche a correr sin detenerme hasta la jefatura de policía y les informe a gritos que muy probablemente el nombre verdadero del hombre que comparte nuestro modesto pan es Joe Pike, de Wilkesboro, buscado por falsificador, o Bull Hammer, de Hornbill, Arkansas, reclamado por maldad sórdida y raterías en Oskaloosa.

"Señor, salva a los niños inocentes de este mundo de las garras crueles de los burladores.

"Y, Señor, ayúdame a decir con serenidad y con toda deferencia por la señora aquí presente, que si un tal Charles Dickens no está mañana en el tren del mediodía con destino a Potters Grave, Lands End o Kankakee, yo, como Dalila, con toda malicia, le esquilmaré los bigotes a la oveja negra y los freiré como chuletas para cenas crepusculares o refrigerios de medianoche.

"Pido, Señor, no misericordia para el indigno, sino simple justicia para el perverso.

"Todos los que estén de acuerdo, digan 'Amén'."

El señor Wyneski se sentó y apuñaló una patata.

Durante un largo rato todos nos quedamos petrificados.

Luego, el señor Dickens, con los ojos cerrados, dejó escapar un gemido.

-¡Ohhhhhhhh...!

Fue un lamento, un quejido, una muestra de desesperación tan prolongada y profunda que parecía el tren en el campo, el día de la llegada del señor Dickens.

-Señor Dickens -dije.

El señor Dickens se puso de pie, enceguecido, dio vueltas, tocó los muebles, se sostuvo en las paredes, se aferró al marco de la puerta, equivocó el camino y subió a tantas las escaleras.

-¡Ohhhhh...!

Era el largo quejido de un hombre que hubiese dado un salto desde un acantilado a la eternidad.

Parecía como si estuviéramos esperando a que tocase fondo.

A la distancia, en las colinas, en la parte superior de la casa, una puerta se cerró con estrépito. Mi alma dio un vuelco y sentí que moría.

-Charlie -dije-. ¡Oh, Charlie!

Esa noche, muy tarde, Perro aulló.

Y la causa era ese sonido, ese grito similar, aunque contenido, que venía del cuarto de la torre.

-¡Dios me libre! -dije-. Llamen al plomero. Todo cae por el desagüe.

El señor Wyneski se paseaba por la calzada, de aquí para allí, sin ir a ninguna parte.

El abuelo encendió la pipa con una cerilla.

-Esta es la cuarta vuelta que da a la manzana.

-¡Señor Wyneski! -grité.

Ninguna respuesta. Los pasos se alejaron.

-Dios mío. Me siento como si hubiese perdido una guerra -dije.

-No, Ralph. Perdón, Pip -me contestó el abuelo, sentándose en los escalones junto a mí-. Cambiaste de generales en mitad de la batalla. Eso es todo. Y ahora uno de esos generales se siente tan afligido que se ha vuelto malvado.

-¿El señor Wyneski? ¡Casi lo odio!

El abuelo dio unas pitadas a la pipa.

-No creo que sepa siquiera por qué se siente tan afligido y malvado. Un dentista misterioso le ha arran-cado un diente durante la noche, y ahora tiente el dolor con la lengua en el espacio hueco.

-No estamos en la iglesia, abuelo.

-Que suprima las parábolas ¿eh? En palabras sim-ples, Ralph, tú barrías el pelo en el negocio de ese hom-bre. Y es un hombre sin mujer, sin familia, que sólo tiene su trabajo. Un hombre sin familia necesita tener a al-guien en alguna parte del mundo, lo sepa o no.

-Mañana lavaré los vidrios de la peluquería -dije yo-. Aceitaré la insignia de franjas blancas y rojas para que gire como loca.

-Estoy seguro de que lo harás.

Un tren resonó en el silencio de la noche.

El perro ladró.

El señor Dickens contestó con un extraño gemido desde el cuarto alto.

Me fui a la cama y oí el reloj del municipio dar la una, después las dos y por último las tres.

Fue entonces cuando oí un llanto apagado. Salí al pa-sillo y me puse a escuchar a la puerta de nuestro pen-sionista.

-¿Señor Dickens?

El débil sonido cesó.

La puerta estaba sin llave. Me atreví a abrirla.

-¿Señor Dickens?

-Aquí no hay nadie de ese nombre -me contestó el señor Dickens.

Estaba acostado, a la luz de la luna; de los ojos, fijos en el cielo raso, corrían abundantes lágrimas.

-¿Señor Dickens?

-Aquí no hay nadie de ese nombre -me repitió el señor Dickens. Movié la cabeza de un lado a otro-. Na-die de ese nombre en este cuarto, en esta cama, en este mundo.

-Usted -le dije-. Usted es Charles Dickens. -Deberías saber que no es así -me respondió el hombre con desconsuelo-. Ya pasó la medianoche y está por llegar la claridad.

-Lo único que sé - dije-es que lo he visto escribir todos los días. Le he oído hablar todas las noches. -Es verdad, es verdad.

-Y apenas termina un libro comienza otro. Y además tiene usted una letra muy hermosa.

-También es cierto. -El señor Dickens movió afirmativamente la cabeza.-¡Sí, por todos los diablos, es cierto! -¡Entonces! -Di una vuelta alrededor de la mesa.-¿Qué razones hay para que usted, un escritor mundialmente famoso, sienta tanta pena por sí mismo?

-Tú sabes y yo sé que soy un don nadie venido de ninguna parte, en camino hacia la eternidad con una linterna apagada, y sin velas. -Pamplinas -dije.

Fui hacia la puerta. Yo estaba furioso con el señor Dickens porque no era capaz de resistir hasta el fin y es-tropeaba un verano maravilloso.

-¡Buenas noches! -sacudí con fuerza la perilla de la puerta. -¡Espera!

Fue un grito de pena tan poco perentorio, tan sordo que dejé caer la mano, pero no me volví. -Pip -llamó el anciano en la cama. -¿Sí?-le contesté malhumorado. -Quedémonos en paz los dos. Ven, siéntate. Sin apuro, me senté en la silla de madera al lado de la mesa de noche. -Háblame, Pip. -Dios bendito, a las tres...

-...de la mañana, sí. Es una hora espantosa. El atardecer está muy lejano y para el alba faltan diez mil kilómetros. Tenemos necesidad de amigos en esta hora. Y puesto que tú eres mi amigo, pregúntame cosas. -¿Como qué? -Tú sabes. Me quedé pensativo

un momento y suspiré.

-Bueno, muy bien, ¿Quién es usted?

Durante un rato el hombre se quedó en silencio tirado en la cama y luego trazó las palabras en el cielo raso con la punta invisible de la nariz y dijo:

-Soy un hombre que nunca pudo cumplir un sueño.

-¿Qué?

-Quiero decir, Pip, que nunca llegué a ser lo que quería. Yo también me quedé en silencio.

-¿Qué quería ser? -Un escritor. -¿Trató de serlo?

-¡Traté! -exclamó el hombre, perdiendo casi el aliento en un ataque de risa incontinente-. Traté -dijo recobrándose-. Dios de misericordia, hijo, nunca habrás visto emplear tanta saliva, tinta y sudor. Agoté una fábrica de tinta, arruiné una compañía papelería, estropecé para siempre seis docenas de máquinas de escribir, consumí diez mil lápices Ticonderoga de mina suave. -¡Oh! -exclamé. -Ya puedes decir ¡oh! -¿Qué escribió?

-¡Qué no escribí! Poesía. Ensayo. Drama. Farsa. Cuento corto. Novela. Mil palabras por día, muchacho, todos los días durante treinta años, pues no pasó un día sin que escribiera y atacara el papel. Millones de palabras pasaron de mis dedos al papel y todo era malo. -¡Imposible!

-¡Sí! No mediocre, no regular. Pura y sencillamente un espanto de malo. Mis amigos lo sabían, los editores lo sabían, los maestros lo sabían y a las cuatro de la tarde de un día hermoso y extraño, yo también lo supe.

-Pero no se puede escribir durante treinta años sin... -¿Tropezar con lo bueno? ¿Sin dar en la tecla? Mírame bien, Pip. Observa a un hombre de talento singular y habilidad reconocida, el único hombre de la historia que escribió cinco millones de palabras sin dar vida al más mínimo trozo de cuento que permitiese exclamar: ¡Eureka, por fin algo bueno! -¿Nunca vendió un cuento?

-Ni un chiste de dos renglones. Ni un soneto para los diarios. Ni un aviso, ni una nota necrológica. Ni siquiera una receta de conservas. ¿No es extraño? Ser tan notablemente aburrido, tan ridículamente inepto. Nada de lo que yo escribí provocó nunca una sonrisa, una lágrima, un enojo o un golpe. ¿Y sabes lo que hice el día que descubrí que nunca sería escritor? Acabé con mi vida. -¿Acabó con su vida?

-Terminé conmigo, me destruí. ¿Cómo? Pues hice las valijas y me obligué a emprender un largo viaje por tren. Una noche me senté durante largo rato en la plataforma del último vagón y una noche eché a volar, a lo largo de los rieles, como pájaros asustados, mis páginas manus-critas. Desparramé una novela a través de Nebraska, mis leyendas homéricas por el norte, mis sonetos de amor por Dakota del Sur. Abandoné mis ensayos en el baño de hombres de Harvey House, en Clear Springs, Idaho. Los campos de trigo del final del verano conocieron mi prosa. Excelente abono que seguramente produjo copiosas co-sechas mucho después de mi paso. Llevé conmigo dos baúles de mi alma en ese largo viaje estival. Así cele-braba yo a mi poco agraciada persona. Y uno a uno, despacio al principio, rápido después, arrojé cuento tras cuento. Los saqué de mi vida, de mi cabeza, de mis ma-nos, y se hundieron en ríos nocturnos de polvo, en pra-deras de continentes perdidos entre arenas y rocas soli-tarias. Y el tren se arrastró por una curva con un terrible y lóbrego quejido que algo tenía de alivio. Y abrí las manos y dejé caer mis últimos amados engendros.

"Cuando llegué a la distante terminal de la línea, los baúles estaban vacíos. Había bebido mucho, comido poco, llorado a veces, en la soledad de mi camarote, pero me había desprendido de las amarras, de los pesos muertos y los sueños y, al final del viaje, había conseguido (¡Dios sea loado!) cierta paz digna y una gran certeza. Me sentí renacer. Me dije a mí mismo: ¿Qué pasa? Soy un hom-bre nuevo.

El hombre hablaba y veía todo esto pintado en el cielo raso, y también yo lo vi, a la luz de la luna, como una película cinematográfica.

-Soy un hombre nuevo, me dije, y cuando bajé del tren al concluir ese largo verano de limpieza y de repen-tino renacimiento me miré en el espejo manchado de moscas y de gotas de lluvia de una de esas máquinas que venden goma de mascar, en una estación perdida de Peachgum, Missouri, y me vi la barba crecida en dos meses de viaje, y el pelo que el viento me había revuelto a tontas y a locas, y dije entonces en voz baja: "Cómo, Charles Dickens, ¿es usted?"

El hombre, recostado en la cama, rió suavemente.

- "¿Cómo, Charlie, dije, señor Dickens, es usted?"

Y la imagen reflejada en el espejo me contestó: "¡Dia-blos, señor! ¿Y quién otro habría de ser? Déjeme pasar. Voy a dar una conferencia muy importante."

-Realmente, ¿dijo usted eso, señor Dickens?

-Por los pilares y templos de la verdad divina, Pip.

Y me aparté, y eché a andar por una ciudad descono-cida y al fin supe quién era yo, y padecí fiebres al pensar en todo lo que podría hacer en mi vida renacida y en todo el

trabajo maravilloso que me esperaba. Pues, Pip, esto debió de haber estado creciendo; durante todos esos años de producción y de aceptación de la derrota, mi subconsciente anterior debe de haber estado susurrándome: "Espera tranquilo. Las cosas se pondrán negras como noche sin luna pero en el momento preciso yo te salvaré."

"Y tal vez lo que me salvó fue precisamente lo mismo que causó mi ruina: el respeto por mis mayores; los personajes importantes y los grandes fantoches que yo contemplaba en las espléndidas cumbres literarias desde mi canoa en el cauce de un río seco.

"Pues, no sabes, Pip, cómo devoré a Tolstoi, me abrevé en Dostoievsky, gusté a Maupassant, me nutrí de Flaubert y Moliere. Puse los ojos en dioses demasiado elevados. Leí demasiado. De modo que cuando mi obra se desvaneció, la de ellos se afianzó. De repente advertí que no podía olvidar sus libros, Pip. -¿No podía?

-Quiero decir que no podía olvidar ni una letra de cualquier palabra de cualquier oración de cualquier párrafo de cualquiera de los libros que hubiesen pasado bajo estos hambrientos y omnívoros ojos. -¡Memoria fotográfica!

-Exacto. Todo Dickens, Hardy, Austen, Poe, Hawthorne, conservados en esta vieja cámara fotográfica, esperando a que mi lengua los diese a la imprenta. Durante todos esos años nunca supe, nunca sospeché que yo tenía todo esto oculto. Pídemme que hable distintas lenguas. Kipling es una de ellas. Thackeray, otra. Si alguien pesa un trozo de carne, soy Shylock. Si alguien sopla una vela, soy Otelo. ¡Todo, todo, Pip, todo! -¿Y entonces, qué pasó?

-Y entonces, Pip, pasó que volví a mirar ese espejo marcado por las moscas y dije: "Señor Dickens, puesto que todo esto es cierto, ¿cuándo escribe usted su primer libro?" "¡Ahora!", exclamé. Y compré papel y tinta y desde entonces he conocido el delirio y la alegría, la locura y el feliz frenesí escribiendo, unos tras otros, todos esos libros de Charles Dickens, es decir, míos, de mi propio ser, de mí mismo. He recorrido la vastedad continental de los Estados Unidos de Norteamérica y me he establecido para escribir y actuar, actuar y escribir. He pronunciado conferencias aquí, reflexionado allá, un poco dentro y un poco fuera de mi locura, reconocido y desconocido, demorándome aquí para concluir Copperfield, vagando por allá mientras pensaba en Dombey e Hijo, presentándome a tomar el té con el fantasma de Marley en algún pálido atardecer navideño. A veces me quedaba inviernos enteros detenido por la nieve en pequeños pueblos que no aparecen en ningún mapa, sin que nadie sospechara que Charles Dickens soportaba allí la hibernación. Luego reaparecía súbitamente como la nutria en la primavera y seguía mi camino. A veces me quedaba veranos enteros en la misma ciudad antes que me obligaran a partir. Porque, tal como tu señor Wyneski, hay muchos que no pueden perdonar lo fantástico, Pip, aunque eso fantástico sea eminentemente práctico. El señor Wyneski carece de humor, muchacho,

no ve que todos hacemos lo que necesitamos para sobrevivir. Algunos ríen, otros lloran, unos golpean el mundo con los puños, otros corren, pero todo se reduce a lo mismo: hacer algo.

"En el mundo hay mucha gente que se está ahogando. Cada uno intenta llegar a la orilla de una manera dis-tinta.

"¿Y el señor Wyneski? El hace algo con un par de tijeras, pero no entiende mi pluma entintada ni mis hojas garrapateadas con las que intento apresar el alma inglesa que tengo en préstamo.

El señor Dickens sacó los pies de la cama y alargó la mano para alcanzar el maletín. Yo lo tomé antes.

-¡No, usted no se puede ir! ¡Todavía no ha termi-nado el libro!

-Pip, querido muchacho, no has estado escuchán-dome.

-¡El mundo entero está esperando! ¡No puede mar-charse y dejar Historia de dos ciudades por la mitad!

El señor Dickens me quitó la valija.

-Pip... Pip...

-¡No puede, Charlie!

El hombre me miró a la cara, y me vio tan arrebatado que retrocedió.

-¡Yo espero -exclamé-, y ellos esperan!

-¿Ellos?

-Las multitudes en la Bastilla. París. Londres. El mar de Dover. ¡La guillotina!

Corrí a abrir aún más las ventanas como si el viento nocturno y la luz de la luna pudiesen arrastrar los so-nidos y las sombras para que se deslizaran por la alfombra y se le metiesen dentro de los ojos. Las cortinas flamea-ron como fantasmas y yo juro que oí, que Charlie oyó, traídos por los quejidos de ese viento, el tumulto de las multitudes, las ruedas de los carruajes, el agudo chirrido de las cuchillas filosas que caían golpeando, las cabezas que rodaban parecidas a repollos, los cantos de guerra...
-¡Oh, Pip... Pip...!

Las lágrimas brotaban de los ojos del señor Dickens. Yo había sacado lápiz y papel.

-Bien... -dije.

-¿Dónde estábamos esta tarde, Pip? -Con la señora Defarge, que tejía. El señor Dickens dejó caer el maletín. Se sentó en el borde de la cama y las manos empezaron a moverse, tejiendo y destejiendo, atando y desatando; clavó la vista en esas manos y comenzó a hablar. Yo escribía y él siguió hablando con ímpetu creciente durante el resto de la noche.

-La señora Defarge. Sí... bien. Anota esto, Pip:

Ella...

-Buenos días, señor Dickens.

Me dejé caer en la silla del comedor.

El señor Dickens ya había terminado la mitad de su pila de panqueques.

Tomé un bocado y reparé entonces en la pila aún más alta de páginas que había sobre la mesa.

-Señor Dickens -le pregunté-. ¿Ha terminado ya Historia de dos ciudades?

-He terminado -el señor Dickens siguió comiendo con los ojos bajos-. Me levanté a las seis; he trabajado sin interrupción. Está terminada, concluida, lista.

-¡Vaya! -exclamé.

Se oyó el silbato de un tren. Charlie se irguió, y abandonando el desayuno, se puso súbitamente de pie y fue hacia la salida. Oí el portazo de la puerta principal y salí corriendo a la galería desde donde lo vi cuando ya estaba por alcanzar la calle, con el maletín en una mano.

Caminaba tan rápido que tuve que correr. Me puse a dar vueltas alrededor de Charlie mientras él seguía caminando hacia la estación ferroviaria.

-¡Señor Dickens, el libro estará terminado, es cierto, pero todavía no está publicado!

- Encárgate tú, Pip.

Charlie huía. Yo lo seguía jadeante.

-¿Y David Copperfield? ¿Y la pequeña Dorrit?

-¿Amigos tuyos, Pip?

-Suyos, señor Dickens, Charlie... ¡Oh, Dios mío, si usted no los escribe, nunca vivirán!

-Se las arreglarán de algún modo.

El señor Dickens desapareció a la vuelta de una esquina. Lo seguí de un salto.

-Charlie, espere. Le daré un nuevo título: Los papeles..., sí, Los papeles de Pickwick.

El tren llegaba en ese momento a la estación.

Charlie corrió.

-¡Y después Casa desolada, Charlie, y Tiempos difíciles, y Grandes... señor Dickens, escúcheme... ilusiones. ¡Oh, mi Dios!

Charlie se había alejado mucho y sólo le pude gritar:

-¡Está bien, diablos, siga! ¡Deje todo y váyase! ¿Sabe lo que yo voy a hacer? ¡No merece que lo lea! ¡No lo merece! Así que ahora ni siquiera me molestaré en terminar de leer Historia de dos ciudades. ¡Ni pienso hacerlo! ¡No, por cierto!

Ya se oía la campana de la estación. El tren estaba envuelto en humo. Pero el señor Dickens caminaba más despacio.

Al fin se detuvo en medio de la calle. Yo me acerqué y me quedé mirándole la espalda.

-Pip -dijo suavemente- , ¿es verdad lo que acabas de decir?

- Usted -exclamé-, usted no es más que... -Me devané los sesos pensando qué decirle y se me ocurrió.-... Una pizca de mostaza, un pedazo de patata cruda que nadie ha digerido todavía.

-¿Qué? ¿Un impostor?

-¡Un impostor! ¡Me importa un comino lo que le ocurra a Sidney Carton!

-Es de lejos lo mejor que he hecho, Pip. Tienes que leerlo.

-¿Por qué?

-Porque lo escribí para ti.

Tuve que recurrir a todas mis fuerzas para responder-le a los gritos:

-¿Y qué hay?

-Y -dijo el señor Dickens-, que acabo de perder el tren. Faltan cuarenta minutos para el próximo.

-Entonces tiene usted tiempo -le contesté.

-¿Tiempo para qué?

-Para conocer a alguien. Venga, Charlie, y le pro-meto que terminaré de leer ese libro. Es allí, allí no más, Charlie.

-¿Dónde? ¿En la biblioteca?

-Diez minutos, señor Dickens, déme sólo diez minutos, Charlie, por favor.

-¿Diez?

Y el señor Dickens dejó al fin que yo lo guiara como a un ciego hasta la escalinata de la biblioteca, y entró desganado en el edificio.

La biblioteca era como una cantera de piedra en la que no hubiera llovido durante diez mil años.

De un lado, lejos, el silencio.

Más allá, del otro lado, la quietud.

Era como ese instante que hay entre algo que ha ter-minado y algo que comienza. Nadie moría allí. Nadie nacía. La biblioteca y todos aquellos libros simplemente estaban.

El señor Dickens y yo esperamos en un extremo del silencio. El temblaba. Recordé de pronto que nunca lo había visto allí durante todo el verano. Temía que yo lo acercara a los anaqueles de obras de ficción y verse así obligado a enfrentarse con todos esos libros escritos, aca-bados, concluidos, impresos, sellados, prestados, leídos, re-parados y archivados. Pero yo no iba a ser tan necio. De todos modos, el señor Dickens me tomó del brazo y susurró:

-Pip, ¿qué diablos estamos haciendo aquí? Vayámo-nos. Hay...

-Escuche... - murmuré.

De lejos, desde algún rincón de la biblioteca, llegaba un ruido parecido al de una polilla que se mueve en sueños.

-¡Bendito sea! - Los ojos se le agrandaron al señor Dickens.-Yo conozco ese sonido.

-¡Claro que sí!

-Es el sonido -dijo el señor Dickens conteniendo la respiración e inclinando la cabeza-de alguien que escribe.

-Sí, señor.

-De alguien que escribe con una lapicera. Y... escribe...

-¿Qué?

-Poesía -murmuró el señor Dickens-. Eso es. Alguien, en algún cuarto perdido, vaya a saber en qué recónditas profundidades, Pip, juro que está escribiendo un poema. ¿Lo oyes? ¿Oyes el rasqueo y el garrapatear de la pluma? Esas no son cifras, Pip, ni números, ni hechos escuetos. ¿No adviertes cómo se desliza, cómo corre? ¡Un poema, Dios mío, sí, no cabe duda, un poema!

- Señora -dije en voz alta.

El ruido de polilla cesó.

-No la obligues a detenerse -murmuró el señor Dickens-, No le cortes la inspiración. ¡Déjala seguir!

El ruido de polilla continuó de nuevo.

La pluma susurró deslizándose, y se detuvo, y susurró otra vez. Sacudí la cabeza y moví los labios, lo mismo que el señor Dickens, ambos pendientes, en suspenso, envueltos en un aire frío como el mármol, escuchando unos ecos y rasguídos en profundidades distantes.

La pluma continuó deslizándose, susurrando.

De pronto, silencio.

El señor Dickens me tocó apenas con el codo.

-¡Listo!

Nunca llamé con tanta urgencia, en voz baja. -¡Señora!

Algo murmuró en los corredores. La bibliotecaria apareció ante nosotros. Una señora de edad indefinida, ni joven ni vieja; de color indefinido, ni muy morena ni muy pálida; de estatura indefinida, ni alta ni baja, pero un tanto frágil. Una mujer acostumbrada a hablar consigo misma en un susurro parecido al de unas páginas que se vuelven. Una mujer que se deslizaba como caminando sobre ruedas ocultas.

Llegó con un suave rostro de lámpara, iluminando el camino con los ojos.

Los labios se le movían y las palabras le bullían detrás de la mirada ensimismada.

Charlie le leyó los labios con avidez. Asintió. Esperó a que la mujer se detuviera y nos enfocara con la mirada, cosa que hizo repentinamente. Retomó el aliento y se rió de sí misma.

-Oh, Ralph, eres tú y -una mirada de reconocimiento le dulcificó el rostro-usted es el amigo de Ralph, el señor Dickens, ¿no es cierto?

Charlie la miró fijamente con una devoción tranquila y casi alarmante.

- Señor Dickens -dije-, quiero presentarle... -"Porque no pude detenerme a esperar la Muerte" - Charlie citaba de memoria, con los ojos cerrados.

La bibliotecaria parpadeó con rapidez y la frente se le iluminó como una lámpara y tomó un color blanquecino.

-Señorita Emily -dijo el señor Dickens. -La señora se llama... -intervine. El señor Dickens se adelantó a tocar la mano de la mujer.

-La señorita Emily.

-Encantada -contestó la mujer-. ¿Pero cómo...? -¿Adiviné el nombre? ¡Bendito Dios, señora, la oí garrapatear a lo lejos a toda prisa; sólo los poetas hacen eso!

-No es nada...

-La cabeza erguida, alto el mentón -dijo Charlie con dulzura-. "Porque no pude detenerme a esperar la Muerte" es un hermoso poema, de primera categoría. -Mis propios poemas son tan malos... -le contestó la mujer nerviosamente-. Copio los de ella para aprender.

-¿Copia a quién? -dijo abruptamente.

-Excelente manera de aprender.

-¿De verdad le parece? -

La mujer miró a Charlie con detenimiento.

-¿No está usted...?

-¿Bromeando? No. No con Emily Dickinson, señora.

-¿Emily Dickinson? -pregunté yo.

-Viniendo de usted eso significa mucho, señor Dic-kens. -La mujer se sonrojó.-He leído todos los libros de usted.

-¿Todos? -el señor Dickens retrocedió.

- Todos -se apresuró a agregar la señorita Emily-los que lleva usted publicados hasta ahora, señor.

-Acaba de escribir uno -intervine-excepcional. Historia de dos ciudades.

-¿Y usted, señora? -le preguntó Charlie bondado-samente.

Ella abrió las manos delicadas, como para que escapara un pájaro.

-¿Yo? Ni siquiera he mandado un poema a nuestro periódico local.

-¡Pues tiene que hacerlo! -exclamó Charlie con ver-dadera pasión-. No mañana, ¡hoy mismo!

-Pero -la voz de la señorita Emily era apenas audi-ble-, no tengo nadie a quien leérselos antes.

-Vamos -dijo Charlie quedamente-. Lo tiene a Pip y acepte mi tarjeta... Charles Dickens... Que vendrá a visitarla de cuando en cuando, si usted lo permite, a ver si todo marcha bien en este celestial depósito de libros.

-No podría... - dijo ella, y tomó la tarjeta.

-Vamos. Tiene que hacerlo. Yo sólo ofrezco rebanadas calientes de pan blanco, pero las palabras de usted han de ser mermelada y miel de verano. Yo leeré textos lar-gos y sencillos. Usted, breves éxtasis que exaltan la vida, tentada por momentos por esa

extraña y deliciosa Muer-te en la que tantas veces busca apoyo. Basta ya. Allí -se-ñaló algo-, al final del largo corredor, está la lámpara encendida, lista para guiarle la mano... la Musa espera. Cuídela y aliméntela bien. Adiós.

-¿Adiós? -preguntó la mujer-. ¿No significa eso "a Dios la encomiendo"?

-Eso he oído, querida señora, eso he oído.

Y de repente nos encontramos otra vez a la luz del sol. El señor Dickens casi tropezó con el maletín que allí lo aguardaba.

En la mitad del prado, el señor Dickens se quedó muy quieto y dijo:

-El cielo es azul, muchacho.

-Sí, señor.

-Y el césped verde.

-Claro. -Me detuve y miré alrededor.-Quiero de-cir, si, verdaderamente.

-Y el viento... ¿hueles la dulzura del viento?

Los dos aspiramos el soplo del viento. El señor Dickens prosiguió:

-Y en el mundo hay niños notables de imaginación sorprendente y que conocen los secretos de la salvación.

Me palmeó el hombro. La cabeza gacha, yo no sabía qué hacer. Y entonces me salvó un silbato. -¡Ah! ¡El tren! ¡Ahí viene!

-Ahí se va. Y nosotros vamos a casa, muchacho. -¡A casa! -exclamé con alegría, pero en seguida me detuve-. ¿Pero qué va a pasar con el señor Wyneski?

-Oh, al fin y al cabo te tengo mucha confianza, Pip. Todas las tardes, mientras yo tomo el té y descanso la cabeza, tú correrás a la peluquería y... -Barreré el pelo...

-Bravo, muchachito. Es bien poco. Un préstamo de amistad del Banco de Inglaterra al Primer Banco Nacio-nal de Green Town, Illinois. ¡Y ahora, Pip, un lápiz! -¿Papel? -Papel. Caminamos bajo los suaves y verdes árboles del verano.

-Título, Pip.

El señor Dickens alzó el bastón para escribir un mis-terio en el cielo. Yo entorné los

ojos ante esa invisible cali-grafía.

-Almacén...

Escribió una segunda palabra en el aire.

-de... -traduje.

-¿Qué tal suena como título, Pip?

-No parece, bueno... -titubeé-terminado del todo, señor.

-¡Qué buen cristiano eres! ¡Sigo! Escribió una última palabra, al sol:

-De... an... ti... Almacén de antigüedades. ¡Em-pezamos una novela, Pip!

-Sí, señor-exclamé-. ¡Capítulo Primero!

Una ráfaga de nieve sopló entre los árboles.

-¿Qué es eso? -pregunté, y contesté:

Bueno, el verano ha pasado. Las páginas del calendario, todas las horas y los días, igual que en el cine, se han ido esparciendo detrás de las colinas. Charlie y yo ya no trabajamos juntos. Terminaron los muchos días en la biblioteca. Las innumerables noches de lectura en voz alta con la señorita Emily, pertenecen al pasado. Los trenes llegaron y partieron. Muchas lunas crecieron y menguaron. Vienen nuevos trenes, y nuevas vidas vacilan en la orilla. Y de repente la señorita Emily de pie, allí, y Charlie aquí con todo el equipaje, me entregan una bolsa de papel.

-¿Qué es esto?

-Arroz, Pip, arroz blanco común para el rito de la fertilidad. Arrójanos el arroz, muchacho. Despídenos con alegría. ¿Oyes esas campanas, Pip? Aquí parten el señor y la señora Dickens. ¡Tira, muchacho! ¡Tira! ¡Tira!

Y tiré arroz y corrí. Corrí y tiré arroz de nuevo, y ellos montados en la plataforma del último vagón hacían señas hasta que se perdieron de vista mientras yo les gritaba:

-¡Adiós, feliz matrimonio, Charlie...! ¡Felices años! ¡Regresen! Felices... Felices...

Y supongo que entonces me puse a llorar y el perro empezó a morderme los zapatos, celoso pero feliz de tenerme para él solo de nuevo, y el señor Wyneski me esperaba en la peluquería para entregarme la escoba y hablarme como a un hijo.

Y el otoño vino y se demoró y al fin llegó una carta del matrimonio viajero.

La guardé sin abrir todo el día y, al atardecer, mientras el abuelo rastrillaba las hojas, cerca de la galería, salí a mirarlo, y sostuve la carta esperando a que alzara los ojos y la viera, cosa que por fin hizo, y entonces la abrí y la leí en voz alta en el crepúsculo de octubre:

- "Querido Pip" -leí, y cuando vi mi antiguo nombre me detuve, pues las lágrimas me nublaban los ojos.

- "Querido Pip: Esta noche estamos en Aurora, maña-na estaremos en Felicity y pasado mañana en Elgin.

Charles tiene seis meses de conferencias por delante. Char-lie y yo trabajamos sin descanso y somos muy felices... extremadamente felices... ¿Hace falta que lo diga?
"Charlie me llama Emily.

"Pip, no creo que tú sepas quién era Emily, pero hubo una vez una poetisa de ese nombre y espero que algún día pidas los libros de ella en la biblioteca.

"Bueno, Charlie me mira y dice: 'Esta es mi Emily', y yo casi lo creo. No. Lo creo en serio."

Me detuve, tragué con fuerza y seguí leyendo: - "Estamos locos, Pip.

"La gente lo dice. Nosotros lo sabemos. Y, sin em-bargo, seguimos.

"Estar locos juntos es muy hermoso. "Lo que ya no podía soportar era estar loca sola.
"Charlie te manda cariñosos recuerdos y quiere que sepas que ha comenzado un nuevo libro, magnífico, tal vez el mejor que haya escrito hasta ahora. Tú mismo le sugeriste el título: Casa desolada.

"De modo, Pip, que escribimos y viajamos, viajamos y escribimos. Y uno de estos años tal vez regresemos en el tren que se detiene a cargar agua en tu pueblo. Y si tú estás allí y nos llamas con los nombres que tenemos ahora, bajaremos del tren. Pero quizá en ese entonces hayas crecido demasiado. Y si cuando el tren se detiene, Pip, tú no estás allí, comprenderemos y dejaremos que el tren nos lleve a otra ciudad, y luego a otra. "Firmado: Emily Dickinson.

"P.S. Charlie dice que tu abuelo es el vivo retrato de Platón, pero que no se lo digas.
"P.P.S. Charlie es mi amor."

-Charlie es mi amor -repitió el abuelo, sentándose y tomando la carta para volver a

leerla-. Bueno, bue-no... -suspiró-. Vaya, vaya...

Nos quedamos sentados allí largo rato mirando el cielo encendido de octubre y las estrellas recientes. Como a un kilómetro ladró un perro. A kilómetros de distancia, en la línea del horizonte, pasó un tren, y se oyó el silbato, y luego la campana una, dos, tres veces, y al fin desapareció. -Sabes -dije-, no creo que estén locos. -Tampoco yo, Pip -dijo el abuelo encendiendo la pipa y soplando la cerilla-. Tampoco yo.